

Benito Pérez Galdós

Un faccioso más y algunos frailes menos

Episodios Nacionales, 20
Segunda serie



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1976

Tercera edición: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Vicente López: *El infante Carlos María Isidro de Borbón*. Museo del Prado, Madrid.

© Signal Photos / Alamy Stock Photo

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1976, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-950-9

Depósito legal: M. 5.834-2020

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Uno
21	Dos
29	Tres
41	Cuatro
51	Cinco
59	Seis
70	Siete
77	Ocho
82	Nueve
97	Diez
104	Once
112	Doce
121	Trece
129	Catorce
134	Quince
145	Dieciséis
161	Diecisiete
167	Dieciocho
181	Diecinueve
188	Veinte
198	Veintiuno
207	Veintidós
215	Veintitrés
229	Veinticuatro

234 Veinticinco
243 Veintiséis
253 Veintisiete
263 Veintiocho
268 Veintinueve
275 Treinta
280 Treinta y uno

Uno

El 16 de octubre de aquel año (y los lectores del libro precedente saben muy bien qué año era) fue un día que la Historia no puede clasificar entre los desgraciados, ni tampoco entre los felices, por haber ocurrido en él, juntamente con sucesos prósperos de esos que traen regocijo y bienestar a las naciones, otros muy lamentables, que de seguro habrían afligido a todo el género humano si éste hubiera tenido noticia de ellos.

No sabemos, pues, si batir palmas y cantar victoria, o llorar a lágrima viva, porque si bien es cierto que en aquel día terminó para siempre el aborrecido poder de Calomarde, también lo es que nuestro buen amigo don Benigno padeció un accidente que puso en gran peligro su preciosa existencia. Cómo sucedió esto, es cosa que no se sabe a punto fijo. Unos dicen que fue al subir al coche para marchar a Riofrío en expedición de recreo; otros, que la causa del percance fue un resbalón dado

con muy mala fortuna un día lluvioso, y Pipaón, que es buen testimonio para todo lo que se refiere a la residencia del héroe de Boteros en La Granja, asegura que cuando éste supo la caída de Calomarde y la elevación de don José de Cafranga a la poltrona de Gracia y Justicia, dio tan fuerte brinco y manifestó su alegría en formas tan parecidas a las del arte de los volatineros, que, perdiendo el equilibrio y cayendo con pesadez y estrépito, se rompió una pierna. Pero no; no admitamos esta versión que empujeña a nuestro héroe, haciéndole casquivano y pueril. El vuelco de un detestable coche que iba a Segovia cuando había personas que consentían en descabarse por ver un acueducto romano, una catedral gótica y un alcázar arabesco, fue lo que puso a nuestro amigo en estado de perecer. Y gracias que no hubo más percance que la pierna rota, el cual fue en tan buenas condiciones y por tan buena parte, al decir de los médicos, que el paciente debía estar muy satisfecho y alabar la misericordia de Dios.

—Como todo es relativo en el mundo —decía Cordero en su lecho, cuando se convenció de que su curación sería pronta y segura—, romperse una pierna sola es mejor que romperse las dos, y así, señor de Monsalud, yo estoy contentísimo, mayormente viendo que el pesado negocio que me trajo a La Granja está ya resuelto, y que, gracias a mi amigo, el gran don José de Cafranga (que mil años viva), no tendré más cuestiones con el hipogrifo de don Pedro Abarca (a quien vea yo sin hueso sano). Dígame usted, amigo: ¿ha observado usted que en este mundo pícaro, cien veces pícaro, no hay alegría que no venga contrapesada con un dolor, ni dulzura que no traiga su acíbar? Pues bien: todo no ha de ser malo. El contento

que yo he tenido, ¿no vale una pierna? ¿Qué significa un hueso roto de fácil soldadura, en comparación de las más puras satisfacciones del alma? Vengan averías de este jaez y cáigame yo aunque sea de lo alto del acueducto, con tal que en proporción de los chichones y de las fracturas sean los gustos del espíritu y los regocijos del corazón.

De esta manera un poco artificiosa y sutil se consolaba, y mientras duró su enfermedad, apenas perdió el buen humor ni la paz y dulzura de su condición sin igual. Depa- role el cielo excelente compañía en Salvador Monsalud, que a pesar de haber despachado también satisfactoriamente sus asuntos, no quiso salir de La Granja dejando solo y postrado en la cama a su honrado amigo. La Corte se marchó; los cortesanos siguieron a la Corte; el Real Sitio se quedó desierto, calladas las fuentes, desiertas las alamedas. Empezaron a despojarse de su follaje los árboles; enfriose el aire al compás del solemne y tristísimo crecimiento de las noches; soplaron céfiros asesinos, precursores de aguaceros y tormentas; los remolinos de hojas secas corrían por el suelo húmedo, murmurando tristezas y, sobre todo, derramando llanto sin fin las nubes pardas, en tal manera, que no parecía sino que en la superficie de la tierra había algo que debía ser para siempre borrado.

Solos en su alojamiento, mal acompañados de una mediana lumbre, don Benigno y su amigo pasaban los días. El enfermo, aunque postrado y sin movimiento, estaba casi siempre menos triste que el sano. Éste, centinela en un sillón frente al hogar, reanimaba el fuego cuando se iba extinguendo, y don Benigno hacía revivir la conversación moribunda cuando Salvador la dejaba apagar con sus monosílabos o con su silencio.

El tema más amado y más favorecido de Cordero era su familia, y no pasaba una hora sin que dijese: «¡Qué hará en este momento el tunante de Juanillo Jacobo!», o bien: «¿Habrás comprendido Sola, a pesar de mis precauciones, que me ha pasado una desgracia?». Debe advertirse que nuestro buen señor había puesto singular empeño en que sus queridos hijos, su hermana y su amiga no se enterasen del triste motivo que en San Ildefonso le detenía, y por esto sus cartas todas parecían novelas, según las invenciones y mentiras de que iban llenas. Unas decían: «Esperadme ocho días más, porque si bien nuestro asunto está terminado, no quiero marcharme sin hacer una pequeña contrata de pinos, pues desde aquí oigo los gritos de la casa de los Cigarrales pidiéndome que la ensanche». Más adelante escribía: «Con estos malditos temporales no hay carricoche que se atreva con las Siete Revueltas»; y una semana después se disculpaba así: «Un excelente amigo, que vive en la misma posada, ha caído en cama con tan fuerte pulmonía, que no me es posible abandonarle en este solitario pueblo. Esperadme unos pocos días, y rogad a Dios por el enfermo».

Así les engañaba, dando tiempo al tiempo, hasta que llegara el de la soldadura del hueso, la cual venía con la tardanza que es natural, impacientando tanto al buen hombre, que a ratos no podía contener su impaciencia y daba puñadas sobre la cama, diciendo: «Esto no se puede aguantar. Soldada o sin soldar, señora pierna, usted tendrá que ponerse en polvorosa para Madrid la semana que viene».

Salvador no se apartaba de su amigo ni de noche ni de día. Unas veces hablaban de política, empezando don Benigno de este modo: «¿Cree usted que ese pobre se-

ñor Zea tendrá buena mano para el timón de la nave del Estado?».

La enojosa permanencia y quietud en el lecho le ocasionaba insomnios frecuentes, cuando no letargos breves y febriles, acompañados de pesadillas o alucinaciones. A veces despertaba de súbito, bañado en sudor, y exclamaba pasándose la mano por los ojos: «Jesús me valga y la Santa Virgen del Sagrario, ¡qué sueño he tenido! Me parecía estar viendo a Juanillo Jacobo rodando por un precipicio negro, mientras la pobre Sola, atada por los cabellos a la cola de un brioso caballo... No lo quiero contar, porque me parece que lo veo otra vez... ¡Cuándo volveré a vuestro lado, queridos de mi corazón, para que con el placer de veros se acabe el suplicio de soñaros!».

Una noche observó Salvador que daba el enfermo un gran suspiro, y despertando acongojadísimo parecía reconocer la realidad de las cosas, medio seguro de espantar las embusteras percepciones del sueño.

—Es todo mentira, señor don Benigno —le dijo Monsalud riendo—. Ánimo.

—¡Ay Dios mío! ¡Qué sueño! —exclamó el de Boteros—. Todavía me duran la angustia y el mortal frío que sentí. Figúrese usted, señor mío, que me acercaba a mi casa de los Cigarrales, y la visión era tan perfecta que todo estaba delante de mí claro, vivo, verdadero. Una soledad tristísima envolvía mi finca. Ni mis hijos ni mis criados aparecían por ninguna parte... Me acerco más; miro a las ventanas, y las ventanas me miran con ceño. De pronto veo que aparece Sola por la puerta de la huerta; doy un paso hacia ella; me mira con semblante frío, serio como el de una estatua; mueve su cabeza como diciendo *no, no*. Luego, señor don Salvador, me dice adiós con la mano dere-

cha, y se aleja, huye, desaparece, se disipa como la sombra entre los almendros... Me quedo yerto; miro a mi casa, y mi casa..., créalo usted..., se echa a reír, yo no sé cómo era esto; pero lo cierto es que ella se reía, se reía...

—Y ahora nos reímos nosotros.

—¡Bendito sea Dios! ¿Qué será esto del soñar? ¿Anunciarán los sueños realidades? ¿Estas horribles mentiras traerán consigo algo que con la misma verdad se relacione? Ello es que la pobre Sola no se aparta de esta casa a ninguna hora de la noche ni del día... Que seré feliz casándome con ella, es indudable; que ella lo será también, no hay para qué decirlo... Pienso muchas veces si el Señor habrá decidido que yo me muera antes de que pueda realizar mi deseo, al cual va unido el mayor beneficio que se puede hacer a una huérfana pobre y sin amparo... ¿Qué sería entonces de esa infeliz?...

—La pobrecita tendría una gran pena —dijo Salvador.

—¿Se moriría de pena?—preguntó Cordero con ingenuidad pueril.

—Tanto como morirse...

—No se moriría, no... Pero ¡qué desamparada, qué sola se quedaría en el mundo! ¿Quién comprendería su mérito? ¿Quién le tendería una mano?

—No podría reemplazar, sin duda, dignamente el bien que perdía —dijo Monsalud sentándose junto al perniquebrado Cordero—; pero parte del bien que merece lo hallaría tal vez... casándose conmigo.

Los dos se miraron asombrados y con ligero ceño.

—¡Con usted!... —exclamó el de Boteros volviendo de su sorpresa—. ¿Ha pensado usted en eso alguna vez?

—Muchas.

—¡Si yo no existiese!... ¿Y ella consentiría?...

—No lo aseguro. Pero pasado algún tiempo, es fácil que consintiese. Sólo Dios es eterno.

—Y usted desea...

Lanzado de improviso a un mar de confusiones, don Benigno no pudo decir más. Su amigo, quizás arrepentido de haber hecho una declaración imprudente, trató de tranquilizarle hablándole de lo bien que dirigía Cristina la nave del Estado. Entonces la alegoría del barquichuelo estaba en todo su auge, y no se mentaban las dificultades del Gobierno sin sacar a relucir la consabida embarcación, el mar borrascoso de la política, y principalmente el timón ministerial, que algunos llamaban gobernalle. Después dijo que el decreto abriendo las Universidades era un golpe maestro; la amnistía, aunque muy restringida, un levantado pensamiento digno de los más grandes políticos, y la destitución de Eguía y González Moreno, una obra maestra de previsión; pero añadió que muchas y muy peregrinas dotes de ingenio y energía había de desplegar la Reina para someter a la plaga de humanos monstruos que con el nombre de voluntarios realistas assolaba el Reino. A todo esto atendía poco el enfermo, porque tenía su pensamiento hartamente distante de los disturbios de España. No será ocioso decir que en aquel momento sintió don Benigno renacer en su pecho la antipatía que en otras ocasiones le inspiraba su amigote; pero como en tan noble alma no cabía la ingratitud, pensó en las atenciones y cuidados que al mismo debía durante la enfermedad, y con esto se le fue pasando el rencorillo. En las conversaciones de los días siguientes tuvo el buen acuerdo de no nombrar a la familia de los Cigarrales, ni mentar cosa alguna que pudiese relacionarse con el importuno asunto de sus futuras bodas.

Un día, no obstante, en ocasión que comía en su lecho despaciosamente y gustando bien los manjares, como era en él costumbre, quedose un buen rato a medio mascar, sin quitar los ojos de Salvador; y volviendo luego a atender al plato, habló así:

—Mis distracciones son tan chuscas como mis sueños. Hace un momento hallábame tan abstraído, tan engolfado con el pensamiento en ideas y cosas de mi familia, que, sin saberlo, aparté en el plato y corté con mi cuchillo los pedacitos con que suelo engolosinar a Juanillo Jacobo cuando come junto a mí. Me parecía que el pequeño estaba a mi lado y que los demás distaban poco. Esto es tan frecuente en mí, señor don Salvador, en el insostenible tedio de esta soldadura, que a veces, cuando siento pasos, me parece que son ellos que van a entrar, y cuando suena voz de mujer, si es bronca y regañona, me parece la de mi hermana; si es dulce y apacible como la de la misma discreción, me parece la de Sola. Cuando despierto por las mañanitas, mi alucinación es tal que con la propia evidencia se confunde, y siento que entran y salen; oigo a Cruz regañando con los chicos y haciendo mimos a los pájaros; oigo a Sola arreglando a los pequeños para que vayan a la escuela, y me digo para mí sayo: «Tempranito se ha levantado mi gente. Ya Sola ha puesto mi cuarto como el oro y me ha preparado ese chocolate que, por lo exquisito, debe de caer en espesos chorros del mismo Cielo».

Dando luego un gran suspiro, se sonrió y dijo:

—Usted, solterón empedernido, no comprende estas deliciosas chochees del alma. Diviértase usted con la política, con el conspirar, con la suerte de las monarquías, y derrítase los sesos pensando en si debe haber

más o menos cantidad de Rey, y tal o cual dosis de Constitución. Buen provecho, amiguito; yo me atengo a lo del poeta: denme *mantequillas* y *pan tierno*; sí, señor; mantequillas, es decir, amores puros y tranquilos; pan tierno, es decir, la sosegada compañía de una esposa honesta y casera, el besuqueo de los nenes, el trabajo y cien mil alegrías que, cruzándose con algunas penillas, van tejendo nuestra vida.

—Bueno es el cuadro, bueno —dijo el otro ocultando medianamente su disgusto—. Cuando sea realidad, avise usted... Me consolaré de mi tristeza viendo la alegría de los que con sus buenas acciones han merecido vivir en paz. Solamente los perversos padecen contemplando el bien ajeno. Yo, que no soy malo, pido un puesto, siquiera sea el último, en ese festín de regocijos y felicidades... Pero me ocurre preguntar: ¿Cerrará usted la puerta a los amigos después del casamiento?

Don Benigno no contestó nada, porque la afirmativa le pareció ridícula, y la negación aventurada, bastante contraria, si se ha de decir verdad, a sus propósitos. El otro dio las buenas noches y se fue a su cuarto para acostarse. Aquella noche, que Cordero contó entre las más infaustas de su vida, no pudo este dignísimo sujeto conciliar el sueño, porque le asaltó, a causa de las últimas palabras de su amigo, un pensamiento tan mortificante, que lo cambiaría de buen grado por la quebradura de todos los huesos de su cuerpo: de tal modo padecía su espíritu. Incorporado en la cama, pasó largas horas en horrorosa cavilación. Allí fue el amenazador levantamiento de su conciencia, allí la reyerta encarnizada entre ciertas ilusiones suyas y los temores que aparecieron de improviso como enemigos emboscados

acechando la ocasión. El digno encajero no podía apartar de sí el licor amarguísimo que un demonio invisible le ponía en los labios; ya suspiraba, ya se golpeaba la cabeza venerable, ya, por fin, elevaba los brazos y los ojos al cielo, pidiendo a Dios que le librara de aquel fiero tormento. «Ni un momento más puedo vivir en esta incertidumbre –gritó–. Señor don Salvador, venga usted al momento, necesito hablarle.»

Golpeó fuertemente el tabique inmediato a su cama. En la habitación próxima dormía Salvador; y durante los días críticos de la enfermedad de don Benigno, siempre que éste necesitaba de la asistencia de su nuevo amigo, le llamaba con un par de golpes suavemente dados en la pared.

Era la media noche. Salvador, al oír aquel extraordinario ruido en el tabique, creyó, por la violencia del llamamiento, que a don Benigno se le había roto la otra pierna cuando menos, o que había sido atacado de algún descomunal accidente. Levantose aprisa, y corriendo al lado del enfermo hallóle sentado en el lecho, pálido con las gafas caladas, los ojos chispeantes y las manos en movimiento, como quien acompaña de expresivos gestos las palabras que a sí mismo se dice.

–¿Qué hay?–preguntó–. ¿Se ha deshecho el entablillado? ¿Qué es eso?... ¿Calentura, dolores?...

–No, hombre de Dios o de cien Satanases; no es nada de eso –replicó el de Boteros señalándole la silla–. Esto es muy serio; repito a usted que es muy serio. Va en ello la tranquilidad, la vida toda, el honor de un hombre de bien que jamás ha hecho mal a nadie, porque sepa usted, señor don Salvador o don *Condenador*, que yo no he hecho daño a ningún ser nacido, y cuando Dios me tome

cuentas, no se presentará ni un mosquito, ni un miserable mosquito, a decir: «Ese hombre fue mi enemigo».

–Está bien.

–Esto es muy serio; y así, yo quiero una explicación categórica, leal, terminante, para tranquilidad de mi espíritu.

–¿Y esa explicación debo darla yo?

–Usted, sí, que desde hace algún tiempo se me ha puesto delante echando sobre mí como una ligera sombra, sí, y ahora me ha dicho cosas que aumentan esa sombra y la hacen más negra. Hablemos con claridad. Yo tengo ciertos proyectos que usted conoce. Yo pienso casarme, yo debo casarme, yo he creído que Dios ha dispuesto que yo me case. La que escogí para ser mi compañera es de tal condición..., en fin, excuso de hacer su elogio, porque usted la conoce... A eso voy, señor don Salvador. Ella estuvo en un tiempo bajo el amparo y protección de usted; usted le escribía desde Francia. ¡Ay! Cuando estuvo mala, le nombró a usted en sus delirios. Después usted la vio en los Cigarrales, según me escribió ella misma; más tarde, ahora, se me muestra tan admirador de ella y tan afligido de mi felicidad, que no puedo menos de volverme caviloso y preguntarme si usted ha tenido o tiene proyectos iguales a los míos y si esos proyectos se refieren a la misma persona que es, digámoslo claro, la mitad y la principal parte de mi vida.

–Esos proyectos los tuve –replicó Salvador con firmeza–. No fui a los Cigarrales con otro objeto.

Detuvo don Benigno su voz y sus manos, como alelado, y preguntó:

–¿Y ella?

–No quiso oírme. Mi situación al salir de los Cigarrales era bastante desairada.

—¿Y después?

—He pensado que por negligente y confiado perdí la partida.

—¿Y qué hay en usted ahora?

—Resignación.

—De modo que si yo no existiera...

—No deben fundarse cálculos sobre la muerte. En el mundo no es fácil asegurar quién ayuda o quién estorba. Es posible que sea yo el que esté de más.

—¡Oh! Dios mío... Pero usted no puede apreciar, como yo, sus infinitas cualidades, que la igualan a los ángeles—dijo don Benigno con cierto desdén.

—Quizás las aprecie mejor: quizás yo esté en situación de ver en ella méritos de abnegación que usted no puede ver.

Don Benigno meditó breve rato. Había caído en un mar de cavilaciones que, sin duda, no tenía fondo.

—¡Ah! —exclamó dando un gran suspiro, con el cual pudo salir de aquellas honduras tenebrosas—. Usted me confunde más, pero mucho más.

Diciendo esto clavó los ojos en Salvador, examinándole prolija y atentamente de pies a cabeza; después dio otro gran suspiro, y bajando los ojos murmuró para sí: «También él se va poniendo viejo».

—¿No se necesitan más explicaciones? —preguntó Mon-salud.

—No —replicó Cordero brusca y desabridamente.

—Pues yo voy a dar una que creo necesaria. No soy perverso; reconozco en usted a una de las mejores personas que existen en el mundo. Seré un miserable si sale de mí, por irresistible efecto de las pasiones, la más ligera oposición a la felicidad de usted... Es evidente, evidentísimo,

que yo soy el que está de más. Declaro que mi deber es no volver a pisar la casa del que posee lo que yo quise para mí.

—¡Barástolis!... Usted la ofende, señor mío.

—No la ofendo. Mi resolución no indica desconfianza de ninguno de los dos, sino respeto a entrambos, y además el deseo de ponerme a salvo de la envidia, porque yo tengo más de hombre que de santo, y la contemplación del bien perdido no me hará bailar de gozo.

Dijo esto en tono entre serio y festivo, y se retiró. Después de esta breve conferencia no se disiparon las confusiones ni se calmaron las ansias del insigne Cordero; antes bien, se dio a cavilar más en el silencio de la noche, buscando entre sus recuerdos alguna sentencia del ginebrino que iluminase un poco sus tenebrosos pensamientos. Pero Juan Jacobo no decía nada, y hasta de su querido filósofo y consejero se vio desamparado en tan tristes horas el hombre más bondadoso que por aquellos tiempos existía en el mundo.

Dos

Muy avanzado estaba el invierno cuando Cordero y su amigo, despidiéndose con no poca alegría del Real Sitio, emprendieron su penoso viaje a la Corte por entre nieve y hielos. Separáronse del modo más cordial en la Posada del Dragón, y don Benigno, desmejorado y cojo, se fue a su casa con la rapidez que le permitía su detestable andadura, mientras Salvador buscaba dónde alojarse. Pocos días después hallábase instalado en la habitación propia que alquiló en la calle del Duque de Alba, no lejos de

don Felicísimo Carnicero, de felicísima recordación. En Madrid no encontró novedad alguna, pues no merece tal nombre el furor con que todo el mundo fraguaba levantamientos y sediciones. Conspiraban las infantas brasileñas con sin igual descaro; conspiraban los voluntarios realistas, ayudados por la turbamulta de frailes y clérigos mal avenidos con la idea de perder su omnipotencia; conspiraban las monjas y los sacristanes, muchos militares que se habían hecho familiares de los obispos, y para que no faltase su lado cómico a esta comparsa nacional, también se agitaban en pro de Don Carlos muchos señores que habían sido rabiosos *democratistas* y jacobinos en los tres *llamados* años de la *titulada* segunda época constitucional. Antes habían gritado por el *Sistema*, y ahora suspiraban por los *derechos de la Soberanía en su inmemorial plenitud*.

Oyó también Salvador los despropósitos del vulgo, a quien se había hecho creer que el Rey no vivía y que aquel buen señor que salía en coche a paseo era el cadáver embalsamado de Fernando VII. Por un sencillo mecanismo, la *napolitana*, que a su lado iba, le hacía mover las manos y la cabeza para saludar. ¡Y con un Rey relleno de paja se estaba engañando a esta heroica nación!

Vio un cambio de ministros, fundado en que los del 16 de octubre parecieron un poco dañados de liberalismo, pues la Corte deseaba un Gobierno absolutamente agri-dulce que contentase a todos y conciliara el día con la noche, cosa, en verdad, más difícil que asar la manteca. También pudo ver la anulación del célebre codicilo, acto solemne del que se burlaron los carlistas, y oyó contar la fuga de Calomarde vestido de fraile, y los desmanes del Obispo de León, el cual, ensoberbecido como un cac-

que indio, y no pudiendo sublevar el reino, puso en armas su diócesis, dando la comandancia de voluntarios realistas a la Purísima Concepción.

Otras muchas cosas supo y vio, que no son para referidas a la ligera. Sus relaciones con gente de varias clases le informaban de todo. Pipaón, don Felicísimo Carnicero y el marqués de Falfán no hacían misterio de los planes apostólicos, y Jenara, furibunda sectaria del sistema del justo medio o de la conciliación, era el órgano más feliz que imaginarse puede de los pensamientos de aquel astuto señor Zea, que gobernaba o aparentaba gobernar la nave (¡siempre la nave!), más cercana a los escollos que al deseado puerto.

Jenara se había establecido en su antigua casa, notoria tres años antes por la tertulia a que concurrían literatos tiernos y políticos maduros; pero ya en el invierno de 1833 no se abrían las puertas de aquella feliz morada para el primer poeta que viniese de su provincia cargado de tragedias, ni para los tenores italianos, ni para los abogados oradores que empezaban a nacer en las aulas con una lozanía hasta cierto punto calamitosa. El círculo era mucho más estrecho y las amistades más escogidas, con lo que ganaba en consideración la casa. Y aquí viene bien decir que la interesante señora había perdido por completo su afición a la poesía lírica (que no hay cosa durable en el mundo), y tanto caso hacía ya del prisionero de Cuéllar como de las nubes de antaño. Él era, en verdad, de un carácter poco a propósito para la constancia en los afectos. No se sabe si en la temporada a que nos venimos refiriendo había dado a conocer Jenara preferencia o simpatía por alguna otra de las artes liberales, o por la artillería o la náutica, como se dijo. Careciendo

de noticias ciertas, nos abstenemos de afirmar cosa alguna; que en casos dudosos vale más atenerse a la opinión buena, como manda la moral de la historia y la caridad cristiana.

Don Luis Fernández de Córdoba, militar brillantísimo, pasaba, cuando vino de Berlín para encargarse de la embajada de Portugal, largas horas en casa de Jenara. También iban, aunque no con mucha frecuencia, Don Francisco Javier de Burgos y Martínez de la Rosa. Era de los asiduos un joven oficial granadino llamado Narváez, muy vivo de genio, ceceoso, pendenciero y expeditivo. Pero la persona más digna de mención entre los que visitaban a la hermosa señora era un jesuita del Colegio imperial, llamado el padre Gracián, hombre de mucha piedad y oración. Decían algunos que de la amistad del buen religioso con Jenara iba a salir la conversión de ésta, o sea su entrada en las buenas vías católicas. Otros declaraban haber notado en ella resabios de mojjigatería; pero sea lo que quiera, lo cierto es que las intenciones del padre Gracián eran altamente provechosas, porque (digámoslo de una vez) se había propuesto reconciliar a la señora con su marido.

Que Pipaón visitaba casi diariamente a su antigua amiga y paisana, no hay para qué decirlo. Por añadidura, el excelentísimo don Juan Bragas había simpatizado mucho con el jesuita Gracián. Ambos platicaban con seriedad pasmosa de los negocios del Estado y de la Iglesia, deplorando mucho la tibieza de creencias, que tanto dañaba a la sociedad española en aquellos tiempos, y concluían deseando que viniesen otros mejores en que marchasen las naciones por el camino de la piedad, dulcemente pastoreadas por los ministros del altar.

Como Gracián se interesaba tanto por sus amigos y quería llevar todos los beneficios posibles al seno de las familias cristianas, tomó muy a pecho la realización del casamiento de Bragas con Micaelita, proyecto de que hay noticias en el libro anterior.

Acompañando a Pipaón, iba Salvador algunas veces a casa de Jenara; solían comer juntos los tres, y cuando se encontraban Monsalud y Gracián también hablaban largamente del Estado y de la Iglesia. Un día, después de hablar con él, el jesuita pidió informes a la señora de la casa sobre aquel desconocido amigo, quizás para ver si le podía reconciliar con alguien, porque el afán del buen discípulo de San Ignacio era la reconciliación. Jenara respondió:

—Si quiere usted ganar la palma del buen pacificador, hágale usted amigo de mi marido.

—¿No se quieren bien? —preguntó Gracián con astucia.

—Nada bien... Es enemistad que data desde la guerra con los franceses. Ambos son tercos, soberbios, y quizás en su juventud aconteciera alguna cosa de esas que siempre son motivo de rivalidad entre los hombres.

—Alguna mujer...

—Puede ser, puede ser que eso haya sido —dijo ella con serenidad que tiraba a indiferencia.

Algo más dijeron sobre esto; pero no nos importa todavía, y siendo más urgente seguir los pasos de la persona a quien aludían la dama y el sacerdote, vamos tras él sin pérdida de tiempo. Algunos días le vimos entrar en la casa de don Felicísimo Carnicero, con quien aún tenía algunas cuentas pendientes. El agente le recibía como se recibe a todo aquel con quien se ha hecho un negocio muy lucrativo, y haciéndole sentar a su lado dábale pal-